

Luis XVI quiso tomar la nacion por juez, entre el trono, los parlamentos, y los órdenes privilegiados; pero algunos meses despues todo habia cambiado. Los dos órdenes se habian reunido á la corte: los principes y la reyna prodigaron alabanzas á su fiel nobleza y buscaron los medios de despertar sentimientos caballerescos. Una especie de reunion de corte se formaba en casa de la duquesa de Polignac, y allí fué en donde los privilegiados provocaban la alarma: procuraban inspirar al rey los terrores, y las prevenciones de la corte. Necker era detestado en Versalles tanto como era amado en Paris, y el rey, incierto, empezaba á arrepentirse de haber concedido demasiado.... Mientras que él pueblo, en la borrachera de su alegría, manifestaba, que aun tenia mucho que obtener.

Tal era la situacion de la Francia y la marcha de sus opiniones cuando los estados generales se reunieron en Versalles el 5 de mayo de 1789.

§ II. Abertura de los estados generales. —  
Disensiones entre los tres órdenes.

La víspera de aquel para siempre memorable dia (4 de mayo) el rey, los diputados, la corte y los ministros fueron, procesionalmente, á la misa del Espíritu Santo, para pedir la bendicion del cielo, sobre los trabajos de la asamblea, y una reunion de circunstancias, notables sintomas del estado de las opiniones, se señaló en esta ceremonia.

La corte tuvo la debil falta de establecer distinciones entre los órdenes, como para señalar á los homenajes del pueblo el tercer estado, que se habia



tratado con menos favor: los dos primeros, con magníficos trages, en los que el oro, y la seda brillaban por todas partes, pasaron, por medio de un lugubre silencio, mientras que el tercero cubierto de lana negra, recibia, baxo sus vestidos de luto, los aplausos de la multitud.

La solemnidad fué penetrante, y augusta, y un hecho de poca importancia manifestó, mientras su carrera, el espíritu, que animaba á los concurrentes; el predicador pronunció la palabra, *libertad*, y por la primer avez, despues de tantos siglos, retifieron en la Iglesia, y á presencia del monarca, aclamaciones mil veces repetidas.

Despues de algun tiempo, la fermentacion era ya estrema, y pocos dias, ántes de la abertura de los estados generales,

una escena tumultuosa, y de pillage, llenó de espanto á Paris; Reveillon, hombre honrado, y rico manufacturero del cuartel de San Antonio, acusado por el pueblo de haber querido reducir el sueldo diario á sus obreros, y haber pronunciado una de estas atroces espresiones, que se imputan á los hombres, que quieren hacer victimas del furor popular <sup>1</sup>, fué condenado á muerte en el Palacio Real, por una multitud desenfrenada, y egecutado, quemando un manequí, que representaba su imagen y su nombre; en seguida fueron á la casa de este desgraciado, advertido en tiempo, para libertarse de sus crueles venganzas, y el pillage, devastacion, é incendio,

<sup>1</sup> Se acusaba á Reveillon haber dicho que 15 sueldos diarios eran mas que suficientes á la existencia de un obrero.



todo fué permitido á esta horda irritada: la fuerza armada se presentó inmediatamente, y á su turno formó el sitio de la casa, en que estos furiosos se habian fortificado: forzaron las puertas; hicieron fuego sobre los bandidos, de los que perecieron muchos en la lucha, y los que quedaron fueron conducidos al suplicio. Los ciudadanos de las clases medias de la capital temblaron, al primer anuncio del esceso popular; no se asustaron menos, del que los soldados acababan de cometer, y los rigores, que se juzgaron inútiles, fueron generalmente reprobados.

Como sucede en todo tiempo de turbacion, este acontecimiento, procedente de alguna causa fortuita, fué imputado, por cada uno de los dos partidos, á sus contrarios. Los patriotas pensaron, que

la corte habia escitado el movimiento, á pretexto de doblar el numero de tropas en Paris, y comprimir, con ellas, el espíritu público, tan bien pronunciado de esta ciudad. La falta de toda medida preventiva, el haber dexado un dia entero, á los facciosos la libertad de anunciar con altanería sus designios, la aparicion repentina de la fuerza armada, la cruel energía, que sus gefes desplegaron, y el aparato con que se ejecutó el castigo de los criminales, daba verosimilitud á las aserciones de los patriotas.

<sup>1</sup> Besenval nos dice, en sus Memorias, que la mayor parte de los historiadores han disminuído, mas que exágerado, la violencia de medidas represivas, empleadas en este dia. Confiesa, que quinientas personas á lo menos murieron en el sitio, y añade, que se dió orden de tirar el cañon á metralla, sobre los facciosos, hasta que todos



Los aristocratas imputaban este crimen á los amigos de la libertad: prometiéndole el pillage al pueblo, decían, le preparan á sostener los revolucionarios. El duque de Orleans á su vuelta de una carrera de caballos, que tuvo lugar en Vincennes, fué saludado por los revolucionarios, y este hecho fué convincente para muchos: nos parece mas probable, que este acontecimiento casual fué calificado por cada partido en su provecho: los patriotas vieron en el un medio de asustar á la corte, y formar una resistencia contra ella; y la corte pereciesen, ó se sometiesen. Es verdad que este mismo Besenval hubiera querido ver aplicar semejantes medidas á todos los movimientos de Paris y tambien, acaso, á la primera asamblea de notables, y que muchas gentes lloran el que no se hayan seguido sus consejos.

se le apropió, para tomar medidas de rigor contra Paris. En el curso de esta obra tendremos muchas veces ocasion de descubrir semejantes errores: el espíritu de partido lo envenena todo y en medio de sus amargas recriminaciones sería inútil buscar grandes causas en sencillos efectos, procedentes de las pasiones del momento.

Los estados generales se abrieron, y <sup>5 mayo.</sup> la corte conservó toda su insultante inflexibilidad del ceremonial, ácia el tercer estado. Se vió en la Iglesia pequeñez, por una parte, y sencillez y entusiasmo por la otra: el rey, la reyna, los príncipes, los ministros, y los ordenes privilegiados entraron, por la puerta de honor, que la multitud abandonó. Apenas algunos espectadores se encontraron al rededor de ellos; sus miradas



no buscaban sino á Necker, y sus felicitaciones no se dirigian sino á él : el pequeño sitio, endonde amontonaron los diputados del tercer estado, fué asaltado al mismo tiempo por un tropel, que ardía en el deseo de contemplarlos, y las mas vivas aclamaciones retinieron, sobre su paso. El discurso de abertura del rey fué sencillo y tierno, y prometía reformas, haciendo una afortunada impresion. Habló Necker, y las comunes, que esperaban mucho de este ministro, no encontraron en el lo que se prometieron : mudó la cuestion, que ocupaba todos los espíritus, sin atreverse á tocarla : los diputados de los comunes le oyeron con descontento silencioso, y los otros dos ordenes, con la secreta satisfaccion, que manifiesta la certeza del triunfo. Algun tiempo des-

pues los aristocratas han despreciado el discurso del ministro, que aplaudieron entonces, y han divulgado, que ocultaba la perfida intencion de hacer nacer la guerra entre los ordenes. No era este el deseo de Necker, y es muy otro el reproche, acaso mas fundado, que se ha dirigido á su indecision, y debilidad. En los escritos, que nos ha dexado, sobre esta época, no destruye enteramente esta falta. Deseaba, á lo que parece, reunir los dos primeros ordenes en un senado, ó camara alta, á egemplo de la de pares de Inglaterra. ¿Que no anunciaba tan alto proyecto de determinar un modo conveniente de votar? Ved lo que se dixo, acaso, con razon; sin embargo, quando se considera la posicion dificil de Necker, intermediario entre una corte, que le odiaba, y un partido ya de-



masiado seguro de su fuerza, para hacer concesiones; ¿podrá alguno despreciar una conducta, sino siempre recta y política, á lo menos, constantemente pura y sin mancha? Admiramos uno de los mas hábiles ministros, y el mas honrado particular de nuestra revolucion, sin buscarle faltas.

El mismo dia de la sesion real se encendio, la guerra, entre los tres ordenes. Los diputados del tercero resolvieron irse á la sala de la asamblea, para verificar en ella los poderes en comun; 6 mayo. pero el dia siguiente, habiendo sabido, que sus contrarios empezaban, separadamente, en sus cámaras respectivas esta misma verificacion, declararon esperarlos y que no tenian ningun derecho á proceder, en ninguna operacion, sin ellos. Muchos dias se pasaron de este

modo, y las comunes opusieron su inercia vigorosa á las tumultuosas sesiones de las otras cámaras: se negaron á adoptar diversas mociones, que podian aparentar la rotura de dicha inercia, y la nobleza se constituyó, apesar de una viva oposicion de parte de alguno de sus miembros. El clero, mas prudente, esperó, y propuso conferencias conciliatorias; pero estas, empezadas, é interrumpidas, sin suceso, irritaban la paciencia de las comunes y sus comitentes. Los nobles continuaban sus trabajos, hablando con altanería, y rudeza, y oprimiendo la ménoria de su cámara, mientras que el clero, con su rateria perfida, hizo proponer al tercer estado, que tomase á su cargo la determinacion definitiva, para aliviar la miseria del pueblo: las comunes conocieron el lazo,



que se les queria armar, y, con una respuesta llena de nobleza, supieron parar el golpe, sin perjuicio de su popularidad. « Reunios á nosotros en la cámara nacional, para deliberar sobre los medios de contener el azote, que tanto deploraís » con esta respuesta merecieron todo el honor de la disputa.

Las relaciones de los comisarios de los tres ordenes, en sus cámaras respectivas, agriaban cada vez mas, los espíritus, en lugar de calmarlos, y la nobleza persistia con altanería, en sus determinaciones; las comunes se indignaban de su inacción violenta, y el clero estaba siempre pasivo; pero semejante estado de cosas no podia durar, y el rey propuso un plan de conciliación. Se reunieron de nuevo en casa del guarda sellos; pero sin suceso alguno. La nobleza

despreció el plan del rey, y el tercer estado, desaprobándolo enteramente en secreto, se aprovechó de la falta de la nobleza, para hacer caer sobre ella la sinrazon; en fin las conferencias se disolvieron del todo.

El 10 de junio el abate Sieyes propuso intentar el último esfuerzo con el clero, y constituirse inmediatamente, sin esperar ninguna otra dilacion; su discurso hizo una impresion profunda, y se adoptó su mocion.

Enviaron diputados á los otros ordenes, para exórtalos á una pronta reunion; trataron sobre todo de vencer al clero, amenazándole, á nombre del Dios de paz, del que anuncia la palabra, hiciese por este acto de condescendencia un sacrificio á la tranquilidad pública, anunciando, por conclusion, que



el tercer estado iba á la sala de la asamblea general, para ocuparse de la verificacion comun de los poderes, y que para el efecto serian llamadas las baylias, en el termino de una hora: la nobleza se negó á toda especie de conciliacion; pero el clero mas prudente ó mas patriota respondió, que iba á deliberar con madurez, sobre la proposicion, que se le hacía, y el tercer estado empezó, en efecto, con la mayor solemnidad, á verificar los poderes. Tres curas de Poitou vinieron á someterse; otros siguieron su egemplo, y se volvieron á la cámara de su orden, que se hallaba muy agitada, por sostener en ella la causa nacional. La mayor parte de los curas, y algunos obispos querian ceder á la invitacion del tercero; pero otros titubeaban; y la deliberacion era, por consi-

guiente, tumultuosa, porque los contrarios á la reunion ponian todo genero de obstáculos. La nobleza, que preveía la próxima desercion del clero, volvió con espanto, la vista sobre la pasado, y se arrepintió de haber desechado los medios de la conciliacion; el pueblo esperaba con impaciencia el fin de esta disputa, cuando las comunes declararon el 17 de junio, que iban á constituirse; y, suspendido todo, la Francia entera fixó, sobre ella, sus miradas.

El abate Sieyes, que apresuró la verificacion de los poderes, presentó un próyecto de constitucion: su lógica persuasiva, y sus ideas, acaso, demasiado absolutas, pero justas y presentadas con energía, llamaron la atencion de la asamblea, y su discurso fué un comentario de su famosa obra, sobre el tercer



estado. « Acabamos de reconocer, dixo, que somos los representantes de veinte y cinco millones de hombres ¿ con que derecho pues diputados, presumidos de algunas baylias, podran entorpecer nuestros trabajos? En todas las asambleas constituyentes decide la mayoria y se respetan, suficientemente, los derechos de la menoría, citandola á tomar parte en las deliberaciones; si se niega á hacerlo, no hay razon alguna para que la mayoria cese sin ella sus operaciones. Empecemos pues las nuestras, declarando, que en cualquiera momento de esta sesion, que los otros dos ordenes se presenten, los recibiremos, con mucho placer. » Esta mocion fué aplaudida extraordinariamente, como tambien la proposicion de constituirse asamblea de los representantes,

reconocidos y verificados de la nacion francesa; se propusieron, sin embargo, algunas modificaciones, porque los unos querian substituir la palabra de comunes, á la de nacion; pero Mirabeau encontró lo uno demasiado limitado, y lo otro demasiado general, y propuso la denominacion de pueblo. Enfin un titulo mas sencillo, y mas grande fué adoptado, á consecuencia de la mocion de un miembro obscuro, y el tercer estado, legalmente constituido con el título de asamblea nacional, fué el árbitro de los destinos de la Francia.

